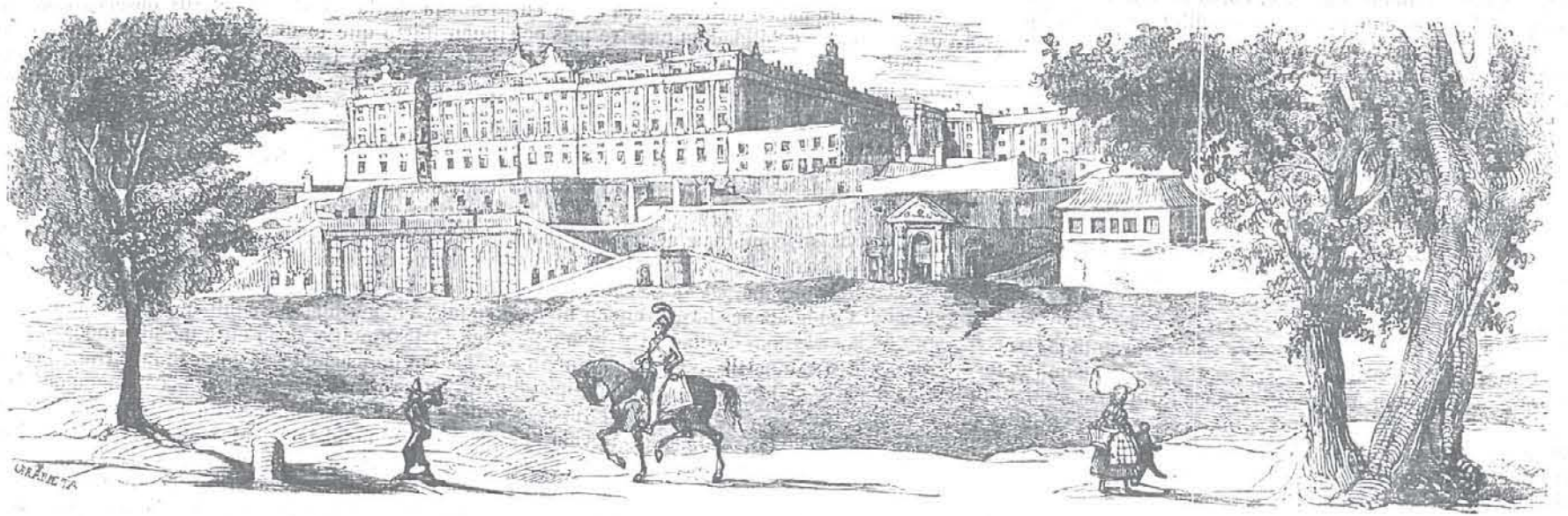


EL LABERINTO,

PERIODICO UNIVERSAL.



INSERCIÓN EN MADRID.

Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 56.—Un año 70.—El número suelto 5 reales.

N.º 11. Tomo I.—LUNES 1.º DE ABRIL 1844.

Boix, Editor, calle de Carretas, núm. 8.

INSERCIÓN EN PROVINCIAS.

Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscribese en las principales librerías del reino corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Literatura extranjera, por D. Enrique Gil.—Jerusalem, por D. A. Ferrer del Rio.—Madrid en semana Santa, por D. Antonio Flores.—Las misiones, por D. G. R. Larranaga.—La muerte de Jesus, [poesía], por D. P. Madrazo.—El monumento de Sevilla.—La Aurora de viernes Santo, [poesía], por D. L. Valladares y Garriña.—Festejos públicos, por D. Juan Perez Calvo.—Revista de la Quincena, por D. Enrique Gil.

LITERATURA EXTRANJERA.

Bosquejos de España (Sketches in Spain) por el Capitan S. E. Cook, de la marina real inglesa.

A nuestro buen capitán no le faltaron pruebas y molestias en sus correrías, si bien todas las sufrió con la igualdad de ánimo propia de un marino y de un hombre de mundo, á juzgar por el tono en que están contadas. El deseo de conocer los montes de la sierra de Segura de que hace excelente y exacta descripción, le puso en manos de un guía ignorante.

«El tiempo que había estado bueno comenzó á revolverse, y levantándose un viento récio del Sur, las nubes principiaron á amontonarse, dando claras muestras de alteración. En lo alto del puerto encontramos un pastor á quien el guía habló aparte, pues no quiso darme nunca á entender que su conocimiento del país no pasaba de allí. Cruzamos una loma y comenzamos á bajar. Se formó una espesa niebla y empezó á cerrar la noche, pero todavía seguíamos la rodada hasta que vi harto claramente que íbamos mal. Sin embargo, el hombre con una perra terquedad se empeñó en que iba acertado, hasta que al anochecer vinimos á parar á un aguadero ó abrevadero para el ganado en donde se acababa la huella. Todavía insistió en que íbamos bien y esperanzado de encontrar el camino, seguí su sugestión. Poco tardamos en vernos enmarañados entre rocas y precipicios y arrojando la niebla y llovizna no hubo mas remedio que pararnos. Por desgracia nos encontrábamos á barlovento de la Sierra que por aquel lado estaba casi pelada.

Como quiera, yo escogí el mejor árbol y nos preparamos á acampar, encendiendo fuego con las ramas secas. En cuanto prendió, el guía cuya ignorancia y testarudez tenían la culpa de vernos en seme-

jante situación, se tendió á la larga y en un minuto se quedó dormido, contentándose con decir al otro que lo sentía por el caballero. Para ellos era cosa de todo punto indiferente, y se consolaron con la observación de que en una noche como aquella era imposible ver el camino ni aun en la carretera. Arrendamos los caballos cerca de la hoguera y aprestamos las armas, porque no dejaba yo de recelarme de los lobos que por allí abundan mucho y pudieran embestirnos. Teníamos copiosas provisiones, pero mi guía se había descuidado en llenar la bota en Pozo de Alcon como le estaba prevenido, circunstancia de poca monta en esta gente, aunque su apetito es voraz. Después de una noche molesta despuntó la mañana y al rayar del alba nos movimos y ganamos de nuevo el camino que habíamos dejado, pero al punto nos convencimos de que era meramente vereda para unos paños y que íbamos metiéndonos por las gargantas mas hondas del bosque. Entonces oímos la voz de un pastor, y llegándonos á él averiguamos que estábamos enteramente extraviados y nos habíamos apartado dos leguas del camino. Yo le reduje á que nos acompañara y deshicimos esta distancia viniendo al punto en donde torciendo el camino, el hombre había dicho al guía que tomase á la derecha, en vez de lo cual habíamos echado á la izquierda.

Las dificultades de policía para la refrendación del pasaporte, obligaron á nuestro capitán á recurrir á las autoridades del gobierno en aquella sierra de donde se acostumbraban á sacar maderas para la construcción naval.

«Había entre ellos dos oficiales de marina, y caballeros como lo eran todos los oficiales españoles de la armada que encontré. Sus modales ofrecían un curioso contraste con los de la grosera gente que tenían al rededor. El mas jóven era hombre de inclinaciones literarias y grandes conocimientos. Había estado en Trafalgar, del cual hablaba con aquel sencillo y noble candor característico y probablemente peculiar á esta gente, sin ocultar su admiración hácia el talento y valor que puso fin á aquel combate; y con una sensación de orgullo bastante comun entre ellos, de haber presenciado aquella terrible escena, después que las ideas de la derrota y desastre se habían desvanecido, y las pasiones del tiempo habían cedido el puesto á otros pensamientos.»

La escena que el autor describe de la posada de Priego merece transcribirse aquí como una muestra mas de la naturalidad y corrección de su dibujo, y de la sencillez y gracia de su colorido.

«Al anochecer vino el alcalde de recrearse en la Sierra con un enorme gato montés que sus perros habían muerto con gran honra suya, porque era un animal formidable. En cuanto lo trageron á la posada, todo el lugar vino á mirarlo; yo deseaba la piel, pero como no podía pedirla, di órdenes secretas á mi mozo para que la comprase á cualquier precio, si podía ser. Por desgracia algunos de la concurrencia lo vieron con otros ojos; sus estómagos comenzaron á afligirse y se suscitó la cuestión de si podría ó no podría comerse. La mayor parte opinaron por la afirmativa: algunos se callaron: solo el alcalde y yo convinimos en que no llegaríamos á él. Por último, un sugeto bien vestido se presentó con cierto aire de autoridad y lo examinó en medio de un general silencio, después de lo cual dió decididamente su voto de que guisado con arroz estaria excelente. Varios españoles á quienes he contado este lance pronunciaron inmediatamente que era valenciano por su afición á semejante clase de aderezo. Con esto no se habló mas: su decisión fué recibida con grandes aclamaciones, y al punto comenzaron á prepararlo para la operación. Todas mis esperanzas de conseguir el pellejo en estado de conservarlo, se desvanecieron. En corto tiempo lo hicieron pedazos, y pasándolo de mano en mano se preguntó á los disputadores si había algo que decir, y si en la traza y el olor no parecia exactamente conejo, su bocado favorito. Ciertamente que lo parecia, y así se dispuso al instante la cena. El alcalde, á fuer de español legítimo, cedió el derecho que pudiera tener sobre él, salvo algun pedazo para memoria de su presa. El refrigerio se efectuó en medio de la animación que distingue al pueblo en semejantes ocasiones, y que tanto se diferencia de sus asentados modales ordinarios. El banquete se redujo á unos pocos escogidos, porque excluyeron á todos los que con maullidos y otros aspavientos se burlaron de la determinación. Después de hacerle durar mucho tiempo y de beber copiosos tragos de vino salieron á concluir en la *aguaderteria*. Allí fue tanto lo que alborotaron, que el alcalde, cuya liberalidad personal era causa de este tumulto, tuvo que tomar la mano de oficio, y mandó llevar toda la cuadrilla á la cárcel, donde todavía quedaban cuando sali del pueblo. Durante la gresca de esta escena, que es exactamente de aquellas que se presentan en las tablas y forman sus inimitables sainetes, no sucedió la menor falta de compostura ni de respeto á ellos mismos ó á los demas; cosa bastante diferente de la costumbre de las clases semejantes en la mayor parte de Europa. El posadero

debajo de cuyo techo pasaba esto, era un patán; su mujer, cabalmente el reverso de la medalla. Era una moza de diez y ocho años, que se había casado muy temprano y tenía dos niños. Había en su forma tanta esbelteza y elegancia, que en cualquiera parte hubiera llamado la atención. Su cutis, excepto las manos, era blanco como la nieve; sus ojos y pelo negros; su boca hermosa y pequeña, y sus facciones tan semejantes al modelo griego, como se ven generalmente. Vestida con la mayor sencillez, presidía esta extraña escena respondiendo á las voces de los huéspedes, atendiendo á los quehaceres de la cocina, amedrentando al chico que traía en brazos para sujetarle, que por cierto era de muy mal genio, y alimentándole despues en medio de las mas tiernas caricias con su propia boca como los pájaros, y encontrando de cuando en cuando ocasion para un poco de conversacion, cosa que hacía con la desembarazada é inimitable gracia del país. Era natural de un pueblo inmediato. No pude averiguar su origen; pero su traza era valenciana, y en todo diferente de las rústicas hermosuras del lugar de su residencia. Como su marido era de los delincuentes estuvo levantada hasta muy tarde, esperando su vuelta con mucho desasosiego, sentada á un rincón de la lumbre de espaldas á la pared, con los dos niños agrupados en sus brazos, como una imagen de la Caridad. Al otro día muy temprano ya andaba dando vueltas para aviarnos en nuestra salida.»

Por este estilo estan delineados y representados el país y sus habitantes. A veces, sin embargo, toma nuestro viajero un tono mas alto y propio de la historia. Despues de hablar de Toledo y sus preciosidades artísticas y naturales, viene el hermoso siguiente párrafo.

«En tiempos modernos se ha puesto una inscripción en el sitio de la casa de Padilla, que fué demolida, como para perpetuar el nombre del Sidney español, mientras los necios inventores imaginaban que lo entregaban á la infamia. Bien pudiera añadirse: »; *Si monumentum queris, circumspecte!*» Las caducas ruinas de este antiguo emporio de la industria, sus artes, manufacturas y comercio apagados; las aldeas y villas, de las cuales se dice haber desaparecido cuarenta en épocas recientes y convirtiéndose su territorio en despoblados, son testigos silenciosos de la verdadera índole del triunfo sobre las libertades de Castilla.»

La naturaleza de las provincias del Norte tan diferente en su aspecto de las del Mediodía de España, hizo una impresion favorable en el capitán: pero, sin embargo, sus correrías, sobre todo por Asturias, parecen haber sido algo mas presurosas. En cuanto á este país no lo extrañamos, porque realmente los caminos son muy malos y las comodidades del viajero escasísimas, si se exceptúan algunos pueblos de la costa. Así y todo no deja de hacer mención de lo mas notable de aquella tierra que compara al Devonshire; y en especial de las famosas minas de carbon de piedra de Langreo. Todavía mas escaso anda en noticias acerca de Leon y distritos occidentales de Castilla la Vieja, y aun las que dá no son muy exactas como tendremos ocasion de ver. En cuanto á Galicia ya dejamos indicado el completo vacío que se encuentra en la obra. Como quiera, de buena gana le seguiríamos aun por aquí, pues su narrativa es siempre agradable, y sin cesar descubre un espíritu grande de bondad, pero se hace imposible compendiar un libro que ya de por sí es un compendio bastante diminuto, ni igualar un estilo en que descuellan la concision y el vigor como primeras cualidades. Así pues nos ceñiremos á apuntar brevemente algunos pormenores de la obra.

Madrid encontró acogida poco agradable en el ánimo del autor.

«Si el objeto hubiera sido una posicion céntrica, Toledo, Talavera y aun Guadalajara lo eran tanto, y reunian ventajas de que carece absolutamente Madrid, cuya localidad es diametralmente opuesta á lo que debería de ser. Apenas tiene buena agua: navegacion ninguna; clima malísimo y un árido desierto al rededor. Tal es el sitio elegido para capital de este magnífico país que abundaba en parajes hermosísimos con espléndidas ciudades ya existentes, cuando se concibió el proyecto de convertir un monte de oso y

puerco en metrópoli, cuya ejecucion puede reputarse el triunfo de un poder despótico.»

No son estos solos los inconvenientes que se han seguido al país de haber fijado la corte en Madrid, pues el lastimoso golpe que llevó la Monarquía de Felipe II con la pérdida de Portugal, con razon puede achacarse en gran parte á esta desacertadísima medida, merced á la cual se entorpeció increíblemente la accion del gobierno español y vino por último á quedar descubierto un flanco que mientras no se cubra, será un germen de debilidad en nuestro país por la ley inexorable de la politica y de la geografía. El aspecto moral de Madrid no cautivó las simpatías del capitán mucho mas que el físico. Las clases elevadas le merecieron buen concepto, á pesar de los defectos, que reconoce y atribuye en gran parte á la falsa política española, pero de las demas no formó la misma opinion.

«Muchas causas se combinan al parecer para formar el peculiar carácter atribuido al pueblo de Madrid. La vida poltrona [*casaniere*] que hacen en una poblacion donde apenas hay diversion ni distraccion sino de la clase mas ordinaria, y la ninguna mezcla de recreos campestres y otros de que disfrutan la mayor parte de las capitales de Europa: la falta de ocupacion literaria y científica ó de recursos de otra clase, á no ser en la frivolidad de la vida comun desnuda de estos adornos: la absoluta nulidad de carácter impuesta por el gobierno para secundar sus planes que requerian el abatirlo todo hasta ponerlo á un mismo nivel en que no hubieran ni un solo punto descollante; el curso habitual de la intriga y caza de empleos que es la ocupacion de una gran parte de las gentes: todos estos motivos decimos tienen que producir su natural efecto y pueden explicar la poca aficion que frecuentemente muestran á los madrileños los otros españoles. Este es el centro de la corrupcion de todas especies. Todos los abusos de la monarquía se juntan allí. No hay causa ni delito por malos é indisculpables que sean que no encuentren alguno que tome á su cargo la defensa en esta confusion de caracteres donde las mañas de la intriga, de la suplantacion y la cábala se mezclan en las relaciones sociales. De aquí la falta de sinceridad donde continuamente estan hablando á uno de franqueza: de aquí las vanas protestas, cuya solidez se descubre en cuanto se las pone á prueba, y de aquí la poca simpatía con lo demas de la nacion de la cual estan separados, viviendo como los habitantes de un oasis africano, sin cuidarse de los torbellinos que hunden y destrozan á sus puertas carabanas enteras.»

Nuestra edad no nos permite juzgar por testimonio propio de la exactitud de este cuadro de Madrid en 1828 y 30, pero lo que hemos oido y algun imperfecto y aislado recuerdo que guardamos de 1833, en que se conservaba con pocas alteraciones este orden de cosas, nos hacen creer que si el fondo es un poco negro, la copia no deja de ser natural. No faltan en el día espectáculos repugnantes á la moralidad y sentimientos nobles, pero los males que nos aquejan no son por lo menos de aquellos que ahogan el desarrollo de los caracteres, matan el germen de la inteligencia y esterilizan el campo del porvenir. El capitán Cook que con tanta razon lamentaba la decadencia de los diversos ramos del saber, encontraría ahora de vuelta del destierro á sus mas ilustres campeones, y á su lado gran parte de la nueva generacion que ha entrado con paso seguro en la arena de las artes, de las ciencias y la politica. Por dolorosamente que trabaje nuestro ánimo la incertidumbre, y por mucho que entristezca nuestro corazon el desasosiego en que se han pasado los últimos años, fuerza es convenir en que del presente estado de cosas puede seguirse la esperanza y el progreso, y del otro solo el desaliento y la muerte.

A vueltas de estas severas censuras se encuentran tambien justas alabanzas. Despues de hablar de los diversos establecimientos de Madrid, el autor añade.

«La liberalidad con que todos ellos se abren á los extranjeros es sumamente laudable, y cualquiera que tenga ocasion de entenderse con las personas que los dirigen, encontrará cortesía y facilidad tan grandes como en cualquier parte de Europa. Cierta establecimiento (el de minas) como no estaba de manifiesto al público, juzgué necesario dar pasos en particular para alcanzar medios de vi-

sitarle. Habíame dirigido á varias personas, y recibido las protestas que son allí moneda corriente; pero no veía que resultase nada con qué hacerlas buenas. Por último, cansado de las mismas repeticiones, me fui sin papeleta ni cartas de recomendacion alguna, y al punto conseguí cuantas noticias deseaba.»

El autor consagra un capítulo especial á los toros; y á falta de otras pruebas, esta lo sería muy robusta de la exactitud de sus observaciones y el buen juicio que le distingue. No anda menos acertado en el que trata del gobierno, de los tribunales y de los caminos, á propósito de los cuales y de los medios de viajar señala algunas cosas que no deben pasarse en silencio.

«El sistema adoptado en estas diligencias es diametralmente opuesto al de Francia. En este país, como ha observado hace mucho tiempo uno de sus mismos escritores, el viajero es un fardo de géneros, y la administracion no se cuida mas de él que de recibir su dinero y asegurarse de toda reclamacion en cuanto á la pérdida del equipaje. Estas molestias, en vez de disminuirse, van en aumento todos los años, y las comunicaciones en los caminos transversales y aun en casi todos los otros son la mengua de un país civilizado. En España la primer atencion es procurar cuantas comodidades da de sí el país, antes de invitar á nadie á viajar en sus transportes: se atiende á todas las minuciosidades, y el resultado es un adelanto de todo punto increíble en poco tiempo que está influyendo en todo el sistema de comunicaciones exteriores. (Aquí describe las comidas y descansos de las diligencias.) Donde quiera que pára el coche, el *mayoral* abre la portezuela y pregunta si alguno quiere apearse. En estos transportes todo está arreglado al mismo sistema uniforme de atencion cortés y respetuosa á la reunion y á cada uno. A los que han viajado en las diligencias francesas no necesito advertirles el contraste en general, y en especial en el mediodía. En uno de los últimos viajes que yo hice, el conductor de una diligencia de Burdeos impidió de hecho el desayuno de los viajeros, asegurándose su egoísta comida con parar el carruaje en el camino contra lo mandado.»

El juicio que hace del clero secular y regular es por punto general tan favorable al primero como gravoso al último. Acabada ya esta institucion, por tanto tiempo respetable, y cuyos miembros lo son todavía mas ahora por su desgracia, no es menester que copiemos las palabras severas del capitán Cook, si bien no podemos ocultar que nos parecen justas. La opinion que forma del culto es lisonjera para nosotros; y en cuanto á lo demas, nos parece mejor escucharle á él mismo.

» En las magestuosas catedrales de España cada cosa se conserva con el mayor cuidado. La liberalidad con que se enseña todo no es fácil de sobrepasar. Si un curioso manifiesta interés por las obras de arte, desde el dean hasta el último individuo trabajarán á porfía en facilitar sus deseos. Yo he hallado la mayor dificultad en conseguir que recibiesen el menor agasajo algunos dependientes que no se habian ahorrado tiempo ni molestia. El contraste es muy chocante en Londres. A mi vuelta de España fui á asistir al servicio divino en Westminster-Abbey, edificio con el cual nada puede competir en grandezza histórica y nacional en España ó fuera de ella. Apuradamente se podía entrar; pero el corto espacio concedido al público y el modo miserable con que cada paso estaba cerrado y guardado por una cuadrilla de gentuza y celadores, claramente daba á entender que si pudiera ser se cerraría. Este estado de cosas, que á los ojos de cualquier observador imparcial trae descrédito á la iglesia y al país de que son pertenencia tales edificios, es de esperar que se remedie prontamente, (como tendrá que suceder al cabo) y que estas magníficas fábricas se restituyan al público, á quien corresponden.»

En el capítulo que trata del ejército y fuerza armada se descubre el mismo criterio recto y desapasionado, y se encuentra una mención honorífica de las armas facultativas, en especial de la artillería. Los realistas, como era de esperar de un hombre perteneciente á una nacion adelantada y liberal, no son de su devocion. En lo relativo al cargo de capitán general está escrita la lamentable tragedia y alevosa

muerte del caballero general Torrijos con rasgos tan sencillos como patéticos, lo mismo que la conducta generosa del malogrado Quesada cuando los sucesos de la isla en 1831.

Del capítulo que dedica el autor á nuestro trato y modales, quisiéramos dar razon circunstanciada porque es el verdadero campo de nuestro desagravio, pero tan difícil parece escoger entre sus preciosos materiales, y tan largo va ya este trabajo, que nos habremos de contentar con citar casi á la ventura. Hablando de la acogida que suele hacerse en las casas españolas á los extranjeros, dice:

«Es tal el atractivo del modo con que se cumple este deber de la hospitalidad, que muchas veces he aceptado invitaciones para visitar casas en que no había nada de curioso, solo por ver la inimitable gracia con que los huéspedes reciben sus visitas, aunque sean pasajeras. Los modales españoles mas finos reúnen aquella mezcla de franqueza y reserva, de sinceridad y cautela, de seriedad y gravedad, junto con buen humor, que cuando estriban en la filantropía mas perfecta y en el respeto á los demas como á si propio, constituye probablemente la perfeccion de los humanos modales.

«A los hombres de ciencia siempre los encontré en las ocasiones que tuve que tratarlos, que fueron muchas y en todos los casos que llegaron á mi noticia dotados del mismo carácter, á saber: la sencillez mas extremada, nada de presuncion ni charlataneria: la mejor disposicion á comunicar los conocimientos que poseian sin hacer misterio jamás ni encubrir nada, y sin embrollar en manera alguna su propio entendimiento ni el de los demas con teorías ó sistemas extraviados.—En los modales franceses é italianos se nota, aunque en grado muy inferior, la diferencia entre la atencion y cortesía puramente me-

cánicas, y la que se funda en la verdadera galantería y respeto, universal en España. Las historias que se cuentan de las reliquias de un sentimiento caballeresco hácia el bello sexo, son de todo punto ciertas.

Los restos de las costumbres de aquella edad de que moros y cristianos participaban igualmente, están fuertemente mezclados con los usos de todo el pais. Nada se vé en Europa comparable al garbo de la manera con que los majos de Andalucía cortejan y enamoran á sus novias en sus fiestas. Las gentes de Italia y del mediodía de Francia que practican las mismas cosas son payasos y palanes cotejados con ellos.—Encuéntrense á veces entre las clases elevadas mujeres cuyo porte es cabalmente lo que nos figuramos de las damas de alta prez de la caballería, que si alguna vez existieron en otra parte, han desaparecido ya. Raras son aun en España, pero pueden hallarse en el mediodía. Está por demas decir que las mujeres que tienen semejantes derechos á la admiracion, deben de ser virtuosas.»

El capitán como todos los extranjeros que poseen algun instinto artistico, se declara ardiente partidario del traje nacional en las mujeres, y sobre todo de la mantilla. La censura que hace de la manía de introducir modas extranjeras escogidas sin criterio ni analogía á nuestros gustos y carácter, y que privan á nuestras damas de su gracia proverbial y genial atractivo, no puede ser mas justa, y nosotros le prestamos todo nuestro humilde apoyo.

«En disposicion y agudeza para la conversacion, añade un poco mas adelante, así como en inclinacion á ella ningun pueblo aventaja á los españoles. Mad. Staël decia: *Conversation comme talent, n' existe qu' en France.* No hubiera usado semejante expresion si hubiese tenido ocasion de estudiar los españoles que poseen el verdadero talento en grado mucho

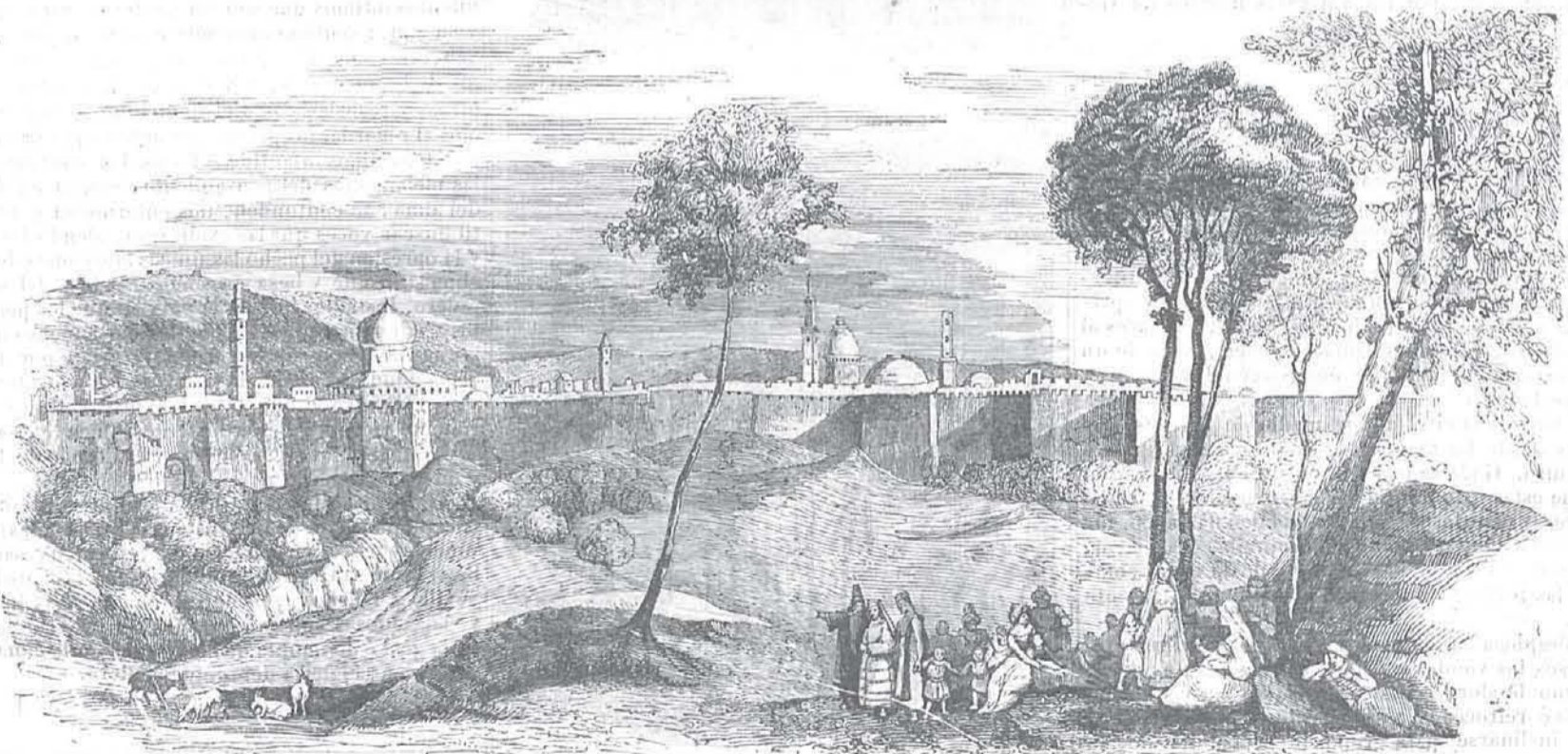
mas eminenté que los descendientes de los galos ú otros cualquiera de Europa. En cuanto á talento para los salones sin duda que son acreedores los franceses á la reputacion de que gozan; pero como don concedido á todas las clases, los españoles exceden á cualquiera nacion moderna.»

Alguna especie habrá tal vez que rectificar entre lisonjeras las que llevamos apuntadas, pero sin temor de que nos desmientan podemos asegurar que la mayor parte de estas desfavorables alteraciones no vienen de nuestras costumbres, y si de elementos exóticos malamente introducidos en ellas. Por fortuna no han filtrado todavía hasta la masa general del pueblo, y con respecto á él son exactas y de cabal aplicacion las observaciones del capitán Cook.

El capítulo último del tomo primero versa sobre nuestras relaciones con Francia, y da curiosos pormenores acerca de la invasion del año de 1823. Como buen inglés no deja de aprovecharse nuestro viajero de las graves faltas políticas de una nacion que debiendo ser nuestra mas firme y natural aliada por la comunidad de intereses y por su posicion geográfica, dos veces nos ha embestido en el presente siglo como arrebatada de un vértigo fatal: una para despojarnos de nuestra independencia y otra para arrancarnos nuestra libertad. Iniquidades grandes, en expiacion de las cuales murió Napoleon en una roca del Océano, y Carlos X acabó sus dias en el campo del destierro. Afortunadamente semejantes tiempos y peligros han pasado para no volver probablemente en muchos años, y el capitán Cook con su acostumbrada imparcialidad y buena fé es el primero á reconocer la distancia que separa entrambas situaciones. En otro artículo daremos cuenta del segundo tomo de la obra.

ENRIQUE GIL.

JERUSALEM.



Existe en el mundo una ciudad, cuyo nombre vibra magestuoso en nuestro oído desde la mas tierna infancia; ciudad maldita por sus enormes extravíos, henchida de misterios y desolaciones, abrumada bajo el peso de los prodigios que en ella se han consumado. Tesoro fué un día Jerusalem de excelsitud y de opulencia; roida por el cáncer del pecado, mugió despues sobre su cabeza el vendabal del esterminio, y diez y ocho veces ardieron sus magníficos palacios como un haz de leña y quedaron teñidas en sangre sus preciosas galas. Hoy en señal de perpétuo luto yacen sin verdor sus risueñas campiñas, secos sus torrentes, desnudas las cumbres de sus montes; no surcan su fríste atmósfera blanca paloma, ni agorero buho; no halla el peregrino en sus contornos manantial que le refrigere, ni árbol que le brinde sombra, ni suave

auras que arrullen su sueño. Llevadas en las terribles alas del simoun las abrasadoras arenas del desierto han borrado la huella de sus espaciosos caminos. Apenas logran en esa ciudad los descendientes de sus antiguos moradores un rincón inmundo donde ocultar su ignominia, donde fabricarse un sepulcro, amasando la tierra con el místico llanto que á raudales brota sin tregua de sus cansados ojos.

Se necesitaria la melancólica voz de los profetas y la inspiracion que hierbe en sus divinos cantos, para referir las hondas tribulaciones de la ciudad en que arrepentido David de sus culpas imploró la clemencia de Dios con las melodias de su arpa de oro y el dolorido acento de sus salmos; en que Salomon desplegó la pompa de su sabiduría y la imponderable ostentacion de su magnificencia, levantando el templo mas

asombroso de que hablan los anales del mundo. Uno en pos de otro vinieron sobre Jerusalem los reyes de Egipto y de Babilonia y talaron sus mieses, y destruyeron sus maravillas y sujetaron al mas duro cautiverio á sus príncipes y señores. Uno en pos de otro hollaron sus ruinas los ejércitos de Alejandro y de Antíoco el grande y de Pompeyo, hasta que con la proteccion de los romanos se hizo dueño Herodes de toda la Judea. Desde entonces la historia de Jerusalem es la historia del linaje humano: se leen en sus primeras páginas los maravillosos sucesos de que fueran testigos el portal de Belén, las aguas del Jordan, el huerto de Getsemani y la sacrosanta cima del Gólgota. Consumados allí los misterios de la redencion de los mortales empezaron á engrandecerse las naciones siguiendo el civilizador impulso de las máximas del Evangelio,